

# La tragedia de Espartaco

Título: *La tragedia de Espartaco*  
Subtítulo: *Hacia una ecología libertaria (1949-1958)*  
Autor: André Prudhommeaux  
Traducción: José Ardillo  
Edición y corrección: Rafa Arques y Salvador Cobo  
Maquetación: Ester Jiménez  
Diseño de cubiertas: Salvador Cobo  
Imagen de cubierta: Hermann Vogel

Editorial Milvus  
www.editorialmilvus.net  
info@editorialmilvus.net  
Alcoi - Albaida

Ediciones El Salmón  
C/ Elda 18, bajo, 03012 Alicante  
contacto@edicioneselsalmon.com

Primera edición: mayo 2021  
ISBN: 978-84-121887-3-8  
Depósito legal: M-10443-2021  
Impreso por: Kadmos

Se puede reproducir libremente sin fines comerciales.  
Se debe citar al autor, la obra, el traductor y los editores.  
Para cualquier otro uso contactar con los editores.

# La tragedia de Espartaco

Hacia una ecología libertaria (1949-1958)

André Prudhommeaux



## Nota a esta edición

El subtítulo de este libro indica la intención que nos ha movido a la selección de los textos. No se trata de una antología retrospectiva, representativa de todo el material que dejó su autor, sino de rescatar aquellos escritos que podemos relacionar con su especial sensibilidad hacia una «ecología libertaria<sup>1</sup>». Son por lo tanto artículos independientes, redactados y publicados originalmente en momentos distintos y lugares dispares, pero entre los que se puede reconocer un hilo conductor. Aunque seguramente no reúnen la entidad propia de una obra más premeditada y unitaria, creemos que conforman un conjunto rico y muy completo del punto de vista del escritor, cuyas ideas siguen gozando en nuestros tiempos de un extraordinario interés.

André Prudhommeaux firmaba a veces sus escritos con pseudónimos como André Prunier o Jean Cello.

---

<sup>1</sup>No sabemos hasta qué punto el autor habría aceptado este subtítulo. En cualquier caso, nos parece un buen indicador de la vertiente de su pensamiento que más nos interesa hoy.

La mayor parte de los textos que aquí presentamos han sido traducidos a partir del libro *L'effort libertaire. Le principe d'autonomie*, publicado en Francia en 1978, a cargo de Robert Pagès, en Éditions Spartacus. Dicho libro tenía que ser completado con un segundo volumen que nunca apareció. El texto sobre Espartaco fue editado en esa misma colección y por la misma época. Para «¿Marxismo o anarquismo?» hemos partido de la traducción de Felipe Alaiz publicada en *Cénit* en 1954<sup>2</sup>. La hemos revisado y ampliado cotejándola con el original francés, que difiere en algunos puntos de la versión de Alaiz. En «Desposeídos y ricos del mundo entero», una nota final indica que se trata de la «la segunda parte del artículo», pero no tenemos más información al respecto. «Las uvas de la ira» ha sido extraído de la revista *Témoins*.

«A los adoradores de la ciencia» y «El imperio de la tecnocracia» fueron publicados en *Volontà*, publicación anarquista italiana dirigida por Giovanna Berneri. No hemos encontrado versiones en francés de estos textos cuya redacción preceda a su aparición en *Volontà*, por lo que hemos optado por basarnos principalmente en el texto italiano.

En los originales a menudo aparecen palabras subrayadas o fragmentos en negrita, que sólo hemos

---

<sup>2</sup>*Cénit: revista mensual de Sociología, Ciencia y Literatura*. Año iv, núm. 45, septiembre 1954. (N. de los Ed.)

respetado, cambiándolas a cursiva, cuando lo hemos creído justificado. Si en algún texto no indicamos fecha de publicación es porque no aparece en la edición consultada.

Este libro no habría sido posible sin José Ardillo, autor de la propuesta original de edición de estos textos y traductor de los mismos, amén de responsable del prefacio en el que se introducen la figura y el pensamiento de Prudhommeaux, aparecido originalmente en la revista *Argelaga*.

Albaida-Alicante, marzo de 2021





## André Prudhommeaux, principios de autonomía<sup>3</sup>

José Ardillo

La figura de André Prudhommeaux es casi desconocida en España, de cuya revolución social de 1936, no obstante, fue testigo directo. Pero en Francia tampoco podremos encontrar muchas huellas de su obra en las publicaciones libertarias de los últimos años. La revista *À contretemps* le dedicó, sin embargo, todo un dossier en 2012: «André Prudhommeaux. Un anarchiste hors les murs». Aunque consideramos este proyecto como un elemento de primer orden para la necesaria recuperación de su legado, no podemos dejar de señalar que sus autores se detenían muy poco sobre los aspectos que hoy más nos interesan y que atañen a su más plena actualidad, es decir, la de un Prudhommeaux cuidadoso de la tierra y de sus ritmos naturales,

---

<sup>3</sup>Una primera versión de este artículo se publicó en el número 7 de la revista *Argelaga* (2016).

respetuoso de la pequeña agricultura y desconfiado de la industrialización, del progresismo y la tecnocracia. Leyendo la enjundiosa semblanza que F. Gómez le dedica en el dossier, no acabamos de encontrar a ese Prudhommeaux, cuyas enseñanzas tanta falta hacen hoy para construir un pensamiento libertario a la altura de los desafíos de nuestro presente. Permítanme en estas pocas páginas que desvelemos, aunque sea un poco, a ese Prudhommeaux cuyos escritos ya vamos haciendo nuestros y cuya lectura prueba, de nuevo, que siempre han existido en el anarquismo visiones del mundo originales, opuestas a la uniformización de los *tiempos modernos*.

André Prudhommeaux (1902-1968), ingeniero agrónomo y botánico de formación, renunció a su carrera profesional para seguir, desde joven, su compromiso político. Primero con el comunismo disidente y poco más tarde, ya en los años treinta, en el movimiento libertario. Establecido en Nîmes, con su esposa, desde 1931 se puso al cargo de una imprenta cooperativa con la que su padre siempre había mantenido vínculos. Allí pondría en marcha varias publicaciones libertarias, la primera, *Terre libre*, a partir de 1934. En 1936, en el momento del estallido de la guerra civil, marchará un tiempo a Barcelona donde, solicitado por la CNT, se encargará de editar una versión francesa de *Solidaridad Obrera: L'Espagne*

*anti-fasciste*. Su experiencia en la revolución española será breve. De vuelta en Francia, decepcionado por el compromiso gubernamental adoptado por la organización de la CNT, regresará a Nîmes, donde iniciará la edición de otra publicación: *L'Espagne nouvelle*, en la que podrá continuar su labor crítica, señalando, en la línea de Camillo Berneri, las contradicciones y errores de la CNT-FAI en aquellos meses que precedieron y siguieron a los hechos de mayo de 1937 en Barcelona<sup>4</sup>.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Prudhommeaux se refugiará en Suiza, donde se ocupará de labores de traducción, difusión cultural en la radio e incluso de escritura poética. Ya en la posguerra, instalado en Versalles con su familia, continuará colaborando con publicaciones libertarias y con otras, como *Preuves* o *Témoins*, que darán testimonio de su apertura hacia espacios de reflexión más eclécticos. Es a partir de esos años cuando comienza a gestarse lo más original y fructífero de su obra, siempre dispersa en multitud de artículos y textos breves, hoy casi inencontrables.

Condensar en pocas líneas las motivaciones que impulsan en aquellos años la reflexión de André Prudhommeaux es tarea condenada al fracaso. Baste decir que de una militancia, digamos, ortodoxamente anarquista en los años treinta, Prudhommeaux irá evolucionar

---

<sup>4</sup>André y Dori Prudhommeaux, *Catalogne Libertaire 1936-1937*, Éditions Le Coquelicot, 2012.

nando hacia un pensamiento libertario donde se mezcla el influjo reformista-radical de un William Godwin, el individualismo de un Émile Armand, la lucidez antitotalitaria y humanista de un Camus, o la inspiración de los poetas románticos ingleses. Todo ello sostenido por una innegable fidelidad a la cuestión de la tierra y el campesinado, lo que le aleja de cualquier determinismo histórico y dogmatismo ideológico. Como expresa F. Gómez: «Es legítimo que nos preguntemos si, con el tiempo y como consecuencia del derrumbe de las ilusiones transformadoras de la posguerra, el discurso del método inaugurado por Prudhommeaux en el momento de su adhesión al anarquismo —ese permanente e infatigable reexamen de las respuestas dadas a la cuestión central de la emancipación— no habrá empezado a dar vueltas en el vacío, a no producir nada aparte de dudas. Hubo probablemente algo de eso, pero esto no impide que no podamos reconocer la pertinencia de sus saludables cuestionamientos sobre la ilusión progresista, la idea determinista de una edad de oro, la ideología maquinista o el culto a la violencia redentora sostenidos por el anarquismo social». Todo ello es exacto, y lo que nos interesa aquí es sacar el mayor partido de esa negación y de esa duda permanente, ya que solamente una actitud de desconfianza ante los dogmas heredados puede llevarnos a construir un proyecto de emancipación sobre bases mínimamente sanas.

Quizá sea su texto «La tragedia de Espartaco» —escrito a finales de los años cuarenta—, el que mejor resume su visión de la historia y de la transformación social. En apenas treinta páginas, sirviéndose de la epopeya del esclavo rebelde Espartaco y de su resonancia trágica en la revolución alemana de 1918-1919, Prudhommeaux despliega los puntos centrales de su filosofía social y política. En primer lugar, la afirmación —¿acaso excesiva?— de que la revolución espartaquista liderada por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht se distanciaba de cualquier «necesidad histórica» contemplada por la teoría marxista y encontraba su mayor impulso en una fuerza *subjetiva* capaz de emprender gestos nobles y heroicos, en pro de una fraternidad universal.

En segundo lugar, nos habla del «mito del proletariado». Para nuestro autor, el aplastamiento del movimiento espartaquista acaba «con la idea de la emancipación del mundo por medio de las armas». Nos dice de manera explícita: «A la tragedia sagrada de responsabilidades colectivas, políticas y místicas, le sustituye un drama nuevo, el de la libertad personal. Pero para que aparezca esta realidad, es necesario llevar a cabo un inmenso trabajo crítico. La filosofía de los productores, reclamada por la civilización occidental, está todavía por fundar». Esto merece una explicación.

Prudhommeaux realiza una crítica implacable del mesianismo revolucionario heredado del marxismo. La

llamada «misión histórica» del proletariado exigía, en efecto, un nuevo y gigantesco sacrificio al *Moloch* de la revolución mundial. En cualquier caso, se apresura a aclarar que él no pone en cuestión la sustancia misma del proyecto de emancipación de todos los trabajadores. Y añade: «Lo que sí hay que someter a crítica es la forma religiosa de esta aspiración, el velo místico que la oculta bajo las categorías de la necesidad histórica y del deber absoluto». Señala que esas exigencias son completamente ajenas a la «esencia de la civilización occidental que, a mi juicio, no existe al margen de la afirmación de la responsabilidad y de la autonomía individual, dentro de la solidaridad general».

Nos indica que la «ética de los productores» estaba en esencia fundada sobre esa ética personal y no sobre una ascesis de sometimiento a dioses insaciables, como la que animó a las castas guerreras y sacerdotales. Así añade: «La desmesura entre el imperativo impuesto a la conciencia y las fuerzas reales con las que ésta puede contar: esa es la esencia de la religión. En la esfera de lo profano, cada hombre emplea su propia herramienta para lograr su libertad: la libertad del obrero es su propio trabajo. Sin embargo, en el plano “sagrado”, la renuncia a la acción autónoma, la apelación a intermediarios, el traspaso de responsabilidades y la inmólación voluntaria, producen consecuencias

inevitables: el sometimiento de los trabajadores por los trabajadores mismos».

Y continúa: «La responsabilidad y la libertad individual no se ejercen valiosamente más que en las relaciones concretas a las que se aplican. Todo deber implica un derecho de disposición sobre los medios para cumplirlo; toda disposición de medios, por el contrario, crea un deber, que tiene como límite su plena utilización». Para Prudhommeaux, esta relación entre «el ser y la obra», entre la «virtud y la acción», constituye el drama del hombre desposeído, drama *civil y profano* donde la existencia humana tiene que aprender a medirse. Lo que él considera «individualismo revolucionario» tenía la misión de conquistar esas condiciones para todos los seres humanos y, de alguna forma, esta motivación estaba tanto detrás del primer socialismo como del primer liberalismo. Por decirlo de alguna manera, el marxismo, de entrada, *habría ya admitido las condiciones de no libertad para poder liberar al proletariado*. «Y por proletariado hay que entender, por supuesto, en una sociedad donde todos los instrumentos están monopolizados por el capitalismo, al trabajador libre, dotado, eso sí, de una libertad puramente abstracta y negativa», escribe nuestro autor.

El análisis de Prudhommeaux tiene consecuencias de peso. Podemos, hasta cierto punto, discutir esa visión un tanto idealizada del individualismo como la

aportación más válida y genuina de la civilización occidental. Aun admitiendo que Prudhommeaux anteponga un ideal a un hecho, no podemos negar que tal ideal, que no podemos evitar compartir, arroja una luz imprevista y esclarecedora sobre la historia del movimiento obrero desde, al menos, la aparición del *Manifiesto comunista*. Prudhommeaux denuncia justamente al marxismo como religión de un movimiento histórico montado sobre la conducción de masas, la concentración del capital y el industrialismo. «Los profetas de hace un siglo atribuyeron a la clase obrera una tarea aplastante. Una tarea sacrificial y sagrada: quebrar el poder de la debilitada burguesía; sustituirla en la expansión y cohesión de las fuerzas productivas, en la instauración de naciones modernas y centralizadas, en la unificación del mundo civilizado». Y para ello, claro, Marx sólo contaba con el proletariado en tanto que entidad completamente aislada, desposeída y desarraigada. Este nuevo soldado raso —el proletario— sólo puede acceder de nuevo al conocimiento y a la posesión de su herramienta en tanto que clase, en tanto que bloque compacto, en tanto que nación, «como masa sin clase y sin Estado, devuelto a la indiferencia primitiva por medio de la reintegración de la educación, de los placeres y del trabajo en la industria única e indivisible». Y nos dice, de manera significativa: «No puede siquiera establecer por



adelantado ni experimentar a pequeña escala un plan comunitario».

Prudhommeaux describe a este proletario-tipo, diseñado por el marxismo, como un niño recién nacido, enrolado en una batalla apoteósica para instaurar el comunismo. Ahora bien, ya en 1848 —nos recuerda— esta visión mítica tenía que parecer desmesurada al propio Marx: en aquella época la mayor parte de las naciones sacudidas por la ola revolucionaria estaban fundamentalmente habitadas por una clase campesina, en muchos casos aplastada por los estamentos políticos y religiosos que perduraban del Antiguo Régimen. El conflicto principal no era, pues, como lo soñaba Marx, entre un proletariado industrial, organizado en ejército, y una clase capitalista cosmopolita, sino más bien, como señala nuestro autor, «entre la civilización sacerdotal-militar del pasado, y la cultura abierta, pluralista y laica, de una sociedad sin sacerdotes ni reyes de ninguna clase. El vínculo necesario de esta lucha colectiva con la de los campesinos y obreros industriales, en pos de la emancipación del trabajo, fue muy bien señalada, en esa época, por pensadores como Proudhon, Herzen o Bakunin, precedidos por Godwin, Fourier y Owen. La *igualdad* de clases fundada sobre la división del trabajo, y no su *disolución* en el proletariado industrial —erigido en clase dominante—; la justicia, y no la abolición de la diversidad entre campesinos, artesanos,

obreros, artistas, marineros, comerciantes, sedentarios y nómadas, investigadores y educadores, etc. Tal fue el programa común de los socialistas libertarios premarxistas».

Prudhommeaux ironiza sobre la manera en que los marxistas podían tachar de «pequeñoburguesas» o incluso «reaccionarias» a estas corrientes opuestas a los esquemas de una «necesidad histórica» implacable. Necesidad que implicaba el sometimiento del mundo a un modelo de interpretación dogmática. En efecto, oponerse a este modelo suponía oponerse a las leyes del «progreso». Como resume nuestro autor: «Pero este “progreso” en sí mismo, tan idolatrado por los sacerdotes y los jefes del socialismo despótico, ¿no suponía una enorme regresión en relación con una evolución más vasta: la de la especie humana hacia la individualización, la pluralidad de los valores, la autonomía de las funciones, la unión en la libertad?».

A continuación utiliza el ejemplo de la revuelta del esclavo Espartaco para mostrar el mismo proceso histórico en otro escenario completamente diferente. Aquellos esclavos rebeldes habrían encarnado, con antelación, ese ideal del proletariado armado hasta los dientes en una lucha contra sus dominadores, pero despojados, por el contrario, de sus herramientas y medios de subsistencia, únicas *armas* que podrían haberles reportado una auténtica y duradera libertad.